

MALTRATAR CON EL EJEMPLO

ABUSE BY EXAMPLE

Verdú F
Unidad Docente de Medicina Legal
Universitat de València

Correspondencia: Fernando.Verdu@uv.es

“No sé qué me ha pasado hoy; seguramente Aurora ha estado más insolente que otras veces y le he tenido que dar una bofetada. Pero esta vez debía haberme controlado un poco más, porque Jorgito -mi hijo Jorge- estaba jugando en la cocina y lo habrá visto. Bueno, ¡tampoco es para tanto! Al fin y al cabo únicamente le soltado un guantazo.

Y es que a esta mujer no hay quien la entienda. Con todo el trabajo que tiene en casa y encima quiere matricularse en no sé qué curso estúpido sobre autoayuda o así. Seguro que es algo para realizarse, como le gusta decir en ocasiones para hacerse la interesante, la pobre.

El caso es que ya lo hemos discutido algunas veces más; en la mesa con los niños u ocasionalmente, en alguna reunión con mis amigos:

- *Aurora, no te empeñes. No te vas a matricular. Además, es un gasto inútil porque tú no tienes capacidad para estudiar. Y dejarías la casa desatendida.*

Y punto. Bueno, lo cierto es que el punto ha venido después del sopapo que le he dado.

Si ya me lo decía mi padre...

Me vienen a la cabeza ahora unas clases que, durante un tiempo, tuvimos en el colegio; Educación No Sexista se llamaban (o algo así). Se encargaba de darlas una mujer, claro. ¡Qué inocente era yo entonces!

El caso es que en el colegio lo pasaba de maravilla; y no pensaba que hubiera tantas diferencias entre hombres y mujeres. ¡Menudos partidos de fútbol jugábamos!. Manuel, Carlos, Luisa, Carmen y yo. Se nos podía calificar como un equipo invencible.

Cuando llegaba a casa, mi padre -¡ahora sé cuánto sabía!- me preguntaba de vez en cuando qué habíamos hecho en el cole. Uno de esos días coincidió con que había tenido clase de Educación No Sexista.

Recuerdo que mi padre estaba en el comedor viendo la televisión. Me acerqué y le di un beso (era pequeño y todavía teníamos esa rancia costumbre). Cuando empecé a contarle cosas, me interrumpió un vozarrón que, naturalmente, salía de su garganta:

-*¡Mujer, tráeme una cerveza y aceitunas!*- gritó.

-*Ahora no puedo. Tengo que acabar la comida*- respondió mi madre.

-*¿Que no está hecha la comida? Te he dicho miles de veces...*- prosiguió vociferando mi padre.

El contenido del resto de la frase no pude seguirlo, puesto que se apagó tras el estruendo del portazo.

Al poco rato salió, algo congestionado y puede seguir contándole lo que me habían enseñado en el cole. De vez en cuando, se miraba la mano, con gesto de dolor, mientras musitaba: -*No, si encima me habré lastimado el dedo.*

Nadie nos interrumpió, porque, como todos los días, mi madre llamó a mi hermana para que dispusiera la mesa y le ayudara en alguna otra tarea doméstica.

Eran tiempos e imágenes entrañables: mi padre y yo hablando en el comedor de cosas importantes, como él solía decir. Mi madre y mi hermana, en la cocina, a lo suyo.

Si, me acabo de acordar: definitivamente la clase esa se llamaba Educación No Sexista.

Y es que como los padres, no hay nada.

Una de las cosas que más me gustaba de él, era cómo se manejaba con el automóvil. Una cosa era lo que nos enseñaban en colegio en las Clases de Educación Vial y otra, desde luego infinitamente más divertida, cómo conducía mi padre.

En el colegio nos enseñaban cosas como cruzar por los pasos de cebra cuando eres peatón; pararse cuando veías un semáforo en rojo; respetar los límites de velocidad... Aunque las clases no eran aburridas, puesto que podíamos jugar con coches y de cuando en cuando, nos ponían películas.

Pero lo divertido de verdad llegaba cuando, al acabar las clases, mi padre nos llevaba a todos a dar una vueltecita en nuestro flamante vehículo.

Mientras íbamos por la ciudad, mi padre procuraba hacer salidas rápidas en los semáforos; si salía cuando todavía no se había puesto en verde, conseguíamos perder menos tiempo. Y si podía, se saltaba la señal en rojo y sanseacabó. No está la situación para perder minutos en la vida.

Una de las cosas que más me sorprendía era la facilidad con que circulaba por el arcén cuando había retenciones (atascos, se llamaban antes). Y si algún conductor le decía algo, siempre tenía alguna palabrota preparada para responder. O hacía ese gesto, tan suyo, de levantar la mano con el dedo medio apuntando al cielo...

Pero cuando era mas emocionante, con grandísima ventaja, era cuando salíamos a la carretera. El coche era potente y mi padre -siempre fue muy valiente, la verdad- casi llegaba a doblar los límites de la velocidad máxima permitida.

"Sería un desperdicio de coche, hijo" o "Las autoridades ponen los límites velocidad por capricho, Jorgito" eran dos de sus respuestas favoritas, cuando le preguntábamos por los límites de velocidad. Pronto me di cuenta de que con quien se aprende a conducir de verdad, es con el padre de uno. Y no metido en colegio, entre cuatro paredes.

Menos mal que mi padre se mudó al otro barrio en un buen momento. Todavía estaba en plenitud de facultades, aunque ya tuviera 65 años. Lo que no entiendo todavía es por qué tomó la decisión de suicidarse. Cosas de viejos que no quieren estorbar.

Y bien cierto es que, si hubiera vivido más, seguro que nos hubiera dado problemas; como mi madre. Por cierto, este mes todavía no hemos ido a verla a la residencia. La verdad es que allí está muy bien cuidada y seguro que no nos echa de menos. Igual lo dejamos para el mes próximo.

Todavía recuerdo cuando, de pequeños, nos tocaba visitar a mi abuelo -el padre de mi padre- en la residencia donde lo habían llevado. Era un auténtico tostón; pero era preferible a tener que aguantarlo en casa.

Era, de verdad, insoportable. Por ejemplo estaba empeñado en salir a pasear ¡todos los días! Y como había que acompañarlo...

Recuerdo también las broncas que se montaban cuando pretendía ver algún programa de televisión que le gustara; menudos rollos eran... Y además, como estaba sordo, teníamos que poner el sonido de la televisión alto. Por cierto: cuando, de vez en vez, conseguía entrar en alguna conversación, como no se enteraba, quería que le repitiésemos lo que habíamos dicho; menuda molestia era.

Al principio había que aguantarlo -se lo oí decir a mis padres en más de una ocasión- porque la pensión que tenía nos venía muy bien para acabar el mes. Pero cuando nuestra situación económica mejoró, ya no nos hacía ninguna falta.

Lo metieron en la residencia y se acabó el fastidio de tener que atenderlo. Pero íbamos a visitarlo casi cada mes. Allí estaba muy bien el abuelo....como mi madre lo está en la suya.

Estoy convencido de que lo que me enseñaron en el colegio, no me ha servido de nada en la vida. Donde sí aprendí de verdad fue en mi casa. Aunque mi padre tuviera las manos demasiado ligeras, no lo recuerdo con rencor. Además, de verdad de verdad, nunca me hizo nada serio. Y es que tenía razón cuando decía aquello de que la letra con sangre entra.

Bueno, voy a dejar esta historieta. Lo que peor me sabe es que he tenido que escribirla dos veces. La primera, cuando ya casi estaba terminando, ha llegado el torpe de mi hijo Jorge y ha volcado la taza de café. ¡Menudo estropicio!

Creo que no le habré hecho demasiado daño; otras veces ha llorado más. Además, él también sabe lo de la letra y la sangre; y desde bien pequeñito.

Parece que al escribir esto, me he tranquilizado un poco. La verdad es que, entre mi mujer y mi hijo me habían puesto bastante nervioso. Y menos mal que Aurorita no estaba hoy en casa.

- ¡Jorge!... ¡Jorgito! ¡Ven enseguida con tu padre!

- Mira, hijo, hoy el papá va a enseñarte...”